LADISLAO GRYCH

SAL DE TU TIERRA ⁽⁴³⁾

Así me dice el Señor, en este tiempo.

En estas reflexiones vuelvo a Abraham, tan importante en los comienzos de lo nuevo; y los tiempos son como unir las imágenes, a aquellas vidas que se hicieron grandes, como resumiendo la riqueza de los tiempos; aún tiene importancia el camino de las vivencias del hombre; es él que renace con su vida en las nuevas circunstancias, al poder empezar en el Señor. Cuántas veces, intuimos que la vida debería rehacerse en los principios del espíritu; sin embargo, como la transformación es muy compleja, nos quedamos en el lugar donde estamos, y no hacemos ni siquiera un paso; hasta presentimos que hubiese sido una obra del Señor plena del Espíritu; ¡qué pena!

PREFACIO

Si salgo de mi tierra, me quedo en tierra ajena; de este modo, aún podría llegar a la tierra del Señor; sería la hora de la gran gracia, e iniciaría un nuevo tiempo del Señor, el más grande en mi vida.

Abraham inicia el camino de aquellos que entran en la tierra del Señor; es porque creyó y su fe le ordenó la vida. Es el padre, y su descendencia aún sigue creciendo.

Betania de Jesús, 1995

1. UNA NUEVA TIERRA

a. UN DÍA CON EL SOL

Fue aquel día con un sol diferente.

El sol parecía sonreír, mientras seguía su propio paso, como si estuviese invitándome a seguir y seguir.

¿Hacia dónde?

Mi corazón sentía lo extraño; es que aún debía seguir al sol.

Fue el Señor que me indicaba el camino.

¿Por qué, a dónde?

Desde aquel día, me quedaba con el sol y con la voz; fue lo propio de mi vida.

Presentí como si estuviese por despertarse un viajero.

Como el viajero debía seguir al sol, la voz me llamaba y el sol me atraía, y aún debía seguir tras él.

Cada día, levantaba mi mirada para ver el sol.

¿Por qué debería seguirle, sería una ilusión?

Pero mi corazón me aseguraba que era correcto.

Pasaba el tiempo, yo estaba con el sol.

¿Por qué pensaba tanto?

Es porque mi corazón soñaba cada vez más.

Y por las tardes, el sol se despedía; pero, al día siguiente, me llamaba del mismo modo.

Pues lo vivo en mi corazón.

Tus rayos me llegan, me penetran, me inundan.

¿Por qué la inquietud?

¿Serás tú, Señor, que llegas tan hondo?

Si arde mi corazón con la luz que le llega, la que nace en mí,

será aún más grande.

Lo cierto es que el sol me atrapa; pero la luz me asegura que debo partir; ¿hacia dónde?

¿Con quién compartir mi sueño, que es tu deseo, Señor?

Tan sólo lo hablo contigo, cuando me levanto.

Y no sé con quien más, podría hablar.

Es por el miedo que tengo; por eso, lo guardo.

Los días pasan y yo, un solitario, revivo lo que el Señor me dice; y no tengo otras cosas.

Si cumplo con lo que hago, aún estoy con el pensamiento que llena mis tareas.

¿Y mi familia?; ¿sabré resolver con ella?

¿Cómo hablaré de lo que vivo?

Pienso en ellos, buscando la palabra, ¿qué palabra?

Cuando me di cuenta de que debí hablar, y comencé a buscar cómo hacerlo, ellos sabían todo.

No les extraña lo que les digo con miedo; como si esperasen que les abriera mi corazón.

Me di cuenta de que el Señor iba preparando ese paso; Él iba iluminando a todos; también estuvo mi familia; ellos sabían vivir por la misión que el Señor me había mostrado, pues Él iba abriendo las puertas.

Como si todo se encontrara a la misma hora; yo, con lo mío y ellos, con lo suyo.

Entonces, ¿por qué mis miedos, si el Señor prepara todo?

¿Por qué mis proyectos, si Él tiene su Proyecto?

b. EL SEÑOR ME DICE

El Señor me hace salir de la tierra de mis padres.
Mi familia lo sabe; todos estamos en el camino.
Abandonamos la tierra de los padres, y retomamos el camino
por donde el sol nos lleva.

Dejaré mi casa, mi tierra; ¿será que también, mi lengua?
Dejaré mis caminos y mis ríos, pues, el Señor me dice que no
serán más míos.
Dejaré a mis padres que llevo en mi corazón.
Y llevo la esperanza; ojalá, la lleve en paz.

Iré por el camino despoblado, con lo necesario.
El Señor nos proveerá de lo que necesitamos.
Ni siquiera tendré un bastón, que fuese mío.
Seguiré con la mirada que lleva lejos, haciendo esos pasos,
mientras el Señor me dirá lo que debe decirme.
Él bendecirá a mi familia, que está conmigo en el camino.

No se cansarán mis pies ni los camellos, porque estás, Señor;
y estarás siempre, así me lo dice mi corazón.
Te iré buscando cuando el sol resurja en el horizonte.
Estaré contigo, cuando esté ansioso por ver el camino.

Me das mi familia que me acompaña.
Los días siguen iluminando los pasos por hacer.
Y las noches serán la calma, el descanso.
¿Por cuánto tiempo?; no quiero pensar en eso, ni perder nada
de tu gracia; porque es tu tiempo, Señor.
Tú abres mis pasos y aún, estás en medio de mi corazón.

No sé hasta dónde seguir; parece un camino interminable.
Camino y encuentro el agua; camino y encuentro el pan.
Entonces, ¿qué me falta?; tan sólo voy caminando.

Cada día, me trae de lo tuyo, Señor.

Sigo soñando en tantas cosas; veo la arena, y quisiera contar los granitos; miro el cielo y deseo contar las estrellas.

Las noches son largas, pero no puedo contar las estrellas del cielo; ¿y qué quieres decirme, Señor?

Me inquietan las estrellas y la tierra, y los granitos de arena; los presiento en mi corazón; y es como si esos granitos se transformasen en vida, aún naciesen de la luz que les llega de las estrellas; como si a cada granito, le correspondiese una estrella; parece que el Señor me habla de tanta vida que nace de Él, en medio de mi corazón entregado.

El Señor bendice las estrellas, y bendice los granos.

Entonces, todo se transforma; veo la vida de tantos hermanos y los llevo conmigo, mientras los camellos siguen su paso.

Llevo en mi corazón el sueño que viene del Señor.

c. ME DETENGO AQUÍ

Hay algo que me impresiona.

Luego de tanto camino, llego al lugar; aún me detengo, doy vuelta y miro; veo y presiento; es cierto que es este lugar, Señor; me lo dice mi corazón.

¿Quién sabrá decir de dónde me viene la certeza?

Nadie la sabría decir, pero la tengo; huelo el aire, es este aire; miro la tierra, y es conocida; hasta parece más linda y el río, tan familiar.

Vuelvo a mirar el cielo lleno de estrellas.

Se sonríe el cielo, al ver que descubro lo que el Señor me ha entregado.

Aquí está la tierra, me lo dice el Señor.
Te la doy a ti, lo escucho.
Será para tus descendientes; bendeciré a los que vivirán aquí;
es que serán mis hijos, en medio de la tierra, pues aquí, está
la tierra bendecida.

Los camellos se detienen, no quieren seguir; no puedo forzar
sus pasos, si se oponen.
Presiento en eso, la señal del Señor.

Voy recorriendo para ver adónde llega la tierra.
El Señor me enseña las piedras; aún las pondré de altares; es
que Él marca con sus sellos, para siempre.

d. UN COMIENZO

Señor, me pones en tu lugar.
Es como si necesitases comenzar; y me cuesta hacerlo.
Tantas veces, en mi vida, lo debí hacer, pues en cada inicio,
queda la riqueza del crecimiento; alguna vez, debo empezar
de la nada, para iniciar desde ti, Señor.

Es arriesgar totalmente; ¿quién se atreve a hacerlo?
Tan sólo quien debe hacerlo exigido, o el Señor lo pone en la
altura de la decisión; entonces, le viene la nueva luz que lo
lleva; pero igual, la gracia debe enfrentar a la debilidad del
hombre.

¿Cuánto tiempo me preparas para que tome la decisión?
No lo sé; pero sí ya llega la hora prevista por ti, Señor; pues
moldeas mi corazón, me llevas por los acontecimientos, aún
llego hasta aquí para iniciar lo tuyo.

La decisión fue tuya, Señor.
Yo tuve miedo, estaba tan inseguro, sin embargo, el camino

estaba abierto; ¿cuánto tiempo esperabas?
Siempre necesito de ti, y tú hallas el modo, para que lo haga
en medio de tu gracia.

En mi vida, hubo momentos de decisiones.
Una vez, seguí por lo tuyo, aún sin saberlo, aún huyendo de
lo mío, del pasado; y otras veces, lo hice concientemente.
Ahora, debo hacerlo en plena libertad de mi corazón.
Así me pides y me preparas.

¿Cuánto tiempo necesitas para que yo sea libre?
Creo que mucho tiempo; luego de pasar por esas vivencias,
después de los fracasos y los miedos.
Tú sabes lo que haces, y de qué manera, me liberas para que
haga lo tuyo; hoy, empiezo a verlo.

Quise cumplir tu voluntad, y luchar por lo tuyo.
Fue mi meta, mi búsqueda; no buscaba otra cosa.
Aún, cuando huía de mi realidad, fue por lo tuyo, en medio
de mi dolor y de mi confusión.

Te valías de toda mi vida; aún de mis errores, de mis dudas y
mis huidas; pues, ¿quién supiese en aquel tiempo, que ése
fue tu camino, y que estuviste aún más allá de mi realidad,
superándola?; ¡qué grande, mi Señor!

Mi vida ya está incluida en tu Proyecto; entonces, me hiciste
pasar por lo que pasé, para ir creciendo aún en medio de mi
mundo y de tu gracia.

Aún, me doy cuenta de que veo tan sólo algunos pedazos de
la gran luz; pues, cuando caminé en medio de mi oscuridad,
me llevabas con tu luz, que parecía escondida.
Fue tan grande tu luz, en mi vida.

Viví mis días de mis penurias, de mi oscuridad.
Es que la oscuridad fue tan grande, que no pude salir de ella;
pareció que nunca iba a salir.
Preguntaba cómo salir; no lo sé, me contestaba a mí mismo;
pero salía igual; todo lo sabes, mi Señor.

Me llevaste en el camino; no sé decir si lo buscaba, pues,
donde veo mi debilidad está tu gracia.
Aún, puedo hablar del gran encuentro entre tu gracia y mi
debilidad.

Tú, Señor, sigues entrando en mi debilidad, en mis culpas,
mis penas y tristezas; lo sabes, yo me asombro.
Voy descubriendo tus misterios en mí, busco cómo abrirme
hacia tu luz.

Todo viene luego del sufrimiento; parece que sufrir es como
una señal; aún sigue conformándose la unión entre la gracia
y la debilidad; y es como hallar la gracia en medio de la
debilidad, cuando la gracia es tan grande.

Me veo como un renacido.
Mis vivencias son como un imán para la gracia.
Te veo, Señor, obrar en medio de mi debilidad.
Veo tu luz, tu presencia, e intento intuir cómo transformas
mi vida, en medio de mis pobreza.

¡Cuánta paciencia tuya Señor, ante mis debilidades!
¡Cuánto tiempo de estar, pareciese, esperando!
¿Qué puedo decir del tiempo?
Cuando me parece que el Señor ha vencido mi debilidad, es
apenas el inicio del cambio; y Él aún sigue entrando en mi
interior.

Sigues entrando, Señor, en las raíces de mi ser, en el camino

de tu transformación tan misteriosa; hasta el fin de mi ser,
hasta lo más profundo del espíritu; hasta que mi vida sepa
hallar las fuerzas en tu Fuente.

Entonces, renace la vida de verdad.

Si debe ver nuevas debilidades, es porque la vida las enfrenta
a cada instante, haciéndolo con la certeza que resurge en una
vida sostenida en el Señor.

2. UNA NUEVA VIDA

a. EL VALLE Y EL CIELO

Comienzan los días en la nueva tierra; todo es diferente.
Los pájaros son distintos, los vientos soplan otras melodías.
Me levanto temprano, y de la mañana busco el sol.
¿De dónde vendría esta mañana tan nueva?
Es porque quiero hallarme en la tierra.

El arroyo pareciese sonar su propia melodía; no es la misma,
la que aún tengo en mi corazón; pues cada tono suyo parece
nuevo, fresco.
Las raíces de las plantas llegan al arroyo, son distintas.
Aún afianzadas en la tierra, apenas abren el paso al arroyo.

Las piedras, por donde salta el agua, no son las mismas; ni
por las formas ni por sus colores.
El agua cambia, cuando el sol apenas, la toca antes de que se
levante de sus horizontes.
Las piedras vibran con el agua que cae y se golpea.
Cuando los primeros rayos tocaron el agua, aún hubo cierto
estremecimiento; no sé explicarlo, lo sentí así.

Miro el valle con sus pastos; en ningún otro lado, veo tantas
flores como en esta tierra.
Los pastos juegan con las flores; y las flores danzan según el
sonido del viento, ante el sol.
¡Y cómo resurge mi corazón!
Quisiera ofrecer al Señor un sacrificio de alabanza.

El sol, el agua, el aire y la tierra se unen en mi corazón.
Se elevan, pues nos elevamos en la danza de la mañana, en la
nueva tierra.
El Señor dice que me dará la tierra; más aún, si mi corazón

crece hacia Él, con el sol, el agua, el aire, en la tierra bendita.

El Señor me permite ver los frutos de la tierra, pues lo que nace y crece, es de Él.

Como Él sigue bendiciendo la tierra y mi corazón, los frutos son distintos; ya son de la tierra que viene del Señor, del aire que proviene de Él, y de sus lluvias.

Aún, desde mi corazón que nace en Él, en la nueva tierra tan bendita; lo veo con tanta claridad.

¿Cómo será la vida que está por nacer, y ya está naciendo?; pues, está en las manos del Señor.

Deseo poner en todo, mi corazón que nace en Él, y seguir mirando; empiezo a ver lo maravilloso.

El Señor me hace vibrar con su Vida y su bendición, en cada instante, en medio del crecimiento; todo es tan nuevo.

Luego de la ofrenda, el Señor me pone más aún, en medio del gran movimiento; y me quedo entregado al servicio de su Vida; pues Él me pone de rodillas, y sigo levantándome con el sol; y me pone de pie, levanta mis brazos y estira mi vida hacia Él, mientras que todo se llena del Señor, en la tierra.

Hoy, el día se presenta tan hermoso; creo que será cada vez más grande en su esplendor.

Mis manos llevan mi corazón hacia el Señor; ellas ponen al Señor, en la tierra; y mi corazón aún se inclina y adora a la Vida, ya toda de Él.

Mis manos siembran semillas benditas, la tierra las acoge; no la presiento fría, porque es del Señor.

Mi corazón camina a la par de la vida que está por nacer.

El sol, el agua y el aire, se pusieron atentos, solidarios.

Jamás he visto una solidaridad tan grande como la de hoy; y mi corazón también está atento.

¡Cómo lo has despertado, mi Señor!

Todos velamos por la vida; pues el Señor nos pone en la tarea, mientras que la vida brota y crece, florece y da frutos; hasta que el sol les dé su caricia, que no será la última; hasta que vuelvan a mis manos; serán nuevos frutos y semillas, en medio de la vida cada vez más grande, que viene del Señor.

Entonces, cuando las semillas vuelvan a la tierra, serán más grandes aún, nos esperará una vida aún más grande. Aún, el aire, el agua y el sol serán más, en el sendero de la Grandeza; y mi corazón será plenamente del Señor.

El Señor nos dará frutos de su bendita tierra. La tierra bendice a los vivientes, los nutrirá con la bendición del Señor; y tendremos pan y agua, caminaremos a la luz del Señor, respirando su Grandeza en nuestras vidas.

b. LA CONQUISTA

Pensé que había que adquirir el rebaño, las vacas, los burros, los camellos y los siervos; no fue mi pensamiento, sino me lo dijo mi Señor, que me habla cada mañana.

Si me lo dice, me da su bendición. Me hizo descender a Egipto, donde iba a conseguir el rebaño. Luego, vuelvo a la tierra del Señor; y aquí, lo cuido.

El Señor me había arrancado de la tierra de mis padres, hoy, está trayendo el rebaño a esta tierra. Y viene más aún, la vida bendecida; pues, el Señor bendice su rebaño en esta tierra, con el agua, con los pastos; también, bendice nuestra mirada, mientras los pastores los cuiden para que crezcan; pues en la tierra del Señor, todo viene nuevo.

Vivo gozosamente, el tiempo de una gracia inmensa.
El Señor bendice cada paso, en medio de su tierra bendecida;
y todo nace en plena armonía con Él.
Las tormentas tienen otro sentido, y las sequías que caen son
diferentes, pues todo crece en el clima de una nueva vida; y
el Señor la bendice y la transforma.

Se pelearon los pastores, los de Lot con los de mi rebaño;
pero, ¿qué hacer cuando los hombres no saben convivir en la
tierra del Señor?; había que separar a los pastores.
Lot eligió su parte; nos quedamos distanciados, pues hemos
caminado para llegar aquí, y nos separamos por los rebaños y
los pastores.

Un fuerte impacto en las vidas; no supimos ser hermanos en
la nueva tierra del Señor; ¿y qué pasará?
Esto trae las consecuencias; las presiente mi corazón, pero el
Señor me dice que me fortalece, para poder enfrentarlas.

Lot se fue a Sodoma, yo me establecí con mis tiendas junto
al Arbol de Mambré, y edificué el altar para el Señor.
Él confirma una vez más dónde están sus tierras; y bendice el
lugar donde nos deja acampar.

Si nos tocan las guerras, el Señor ya está de nuestro lado; es
valiente, y pone a los enemigos en nuestras manos.

El rey de Salem trae pan y vino, y bendice al Señor Altísimo;
es que nos recibe en esta tierra, y vuelve la paz en la tierra
del Señor; aún te pido, mi Señor, que sea tu paz por siempre.

3. UN NUEVO PUEBLO

a. LA ALIANZA

Le pregunté al Señor por el futuro, por mi familia y por mis hijos, y Él me habló del hijo nacido de mi sangre; aún habló de las estrellas y de la descendencia, con su voz tan potente que no me atrevía a dudar; no obstante, el hijo no venía.

El Señor me pidió la ofrenda, para confirmar la Alianza. Y cuando el sol estaba a punto de caerse, me hizo caer en un profundo sueño; me dice que mis hijos e hijos de mis hijos serán forasteros en la tierra que será de otros; me habla de la esclavitud durante cuatrocientos años; también del juicio y de la liberación, y que mi descendencia volverá a la tierra del Señor.

Mientras el sol se había puesto y estaba oscuro, el calor y el fuego pasaron en medio de la ofrenda; así el Señor confirmó su alianza; nos dio la tierra a nosotros y a la descendencia, desde el torrente de Egipto hasta el gran río Eufrates.

Después nació Ismael, hijo de la aflicción de la esclava Agar; creí que él iba a ser mi descendiente, porque Sara parecía estéril; pero el Señor tiene otro proyecto por esta vida y a mí, me hace esperar y confiar.

Pone mi nuevo nombre; me dice que en adelante me llamaré Abraham; seré padre de los pueblos y de los reyes. Aún confirma: "yo seré Dios tuyo, yo te daré la tierra en que andas como peregrino", haciéndome recordar tantas veces, para que mi corazón lo asuma.

b. EL FUEGO Y EL AZUFRE

El Señor me visitó; vinieron los Tres a la hora del calor.

Caminé al encuentro postrándome, para recibirlos.
"Señor mío, digo, si me haces el favor, te ruego que no pases a mi lado, sin detenerte".

Les traigo agua; lávense sus pies y reposen a la sombra de los árboles; les serviré pan para que se recuperen, antes de proseguir su viaje.

Se quedaron en casa.
Dicen que van a volver dentro de un año, y para entonces, Sara tendrá un hijo; pues, ¿hay algo imposible para el Señor?

Se marcharon a Sodoma; les indiqué el camino.
Las quejas contra Sodoma y Gomorra son enormes.
Mientras el Señor se quejaba, aún me acerqué postrándome, intercediendo por el pueblo y los justos que vivían allí.

Seguí pidiendo; cuando les pregunté si por los diez justos que viviesen allí, el Señor salvaría a las ciudades, dijeron que sí; pero no me atreví a pedir más, no sé por qué.
Volví a mi casa; aún esperé la salvación de los justos, a que saliesen de la ciudad; entonces, salió Lot con su familia.

El fuego y el azufre se apoderaron de las ciudades y del pueblo perdido; no hubo otra solución, sino la destrucción; y cuando la mujer de Lot quiso ver la desgracia y se dio vuelta, quedó petrificada en aquel lugar de la muerte.

c. NACIÓ EL HIJO DE LA ALIANZA

El Señor cumplió con su promesa; Sara quedó embarazada, para esperar el nacimiento del prometido.
Así viene Isaac; el hijo continúa la descendencia.
Cuántos cambios nos esperan luego de este nacimiento; y todos vienen del Señor.

Agar se quedó triste con su hijo Ismael; parece que no hay lugar para ella, ni para su hijo.

Se fue antes, al estar embarazada; el Señor le hizo volver; en fin, se va por el camino del Señor, con el hijo, pan y agua en una bolsa; a todo eso lo debo sufrir, mientras el Señor me habla de lo suyo.

Sentí que el Señor esperaba de mí, la vida de mi hijo; lo quise ofrecer en medio del dolor de mi alma; debí seguir confiando en ese camino del Señor; pero Él tuvo su palabra, e Isaac volvió a vivir; y yo cumplí con la ofrenda.

Aún, el Señor confirma que, por medio de mi descendencia, bendecirá a todos los pueblos de la tierra.

Son esos pasos que apenas presiento; el Señor se anuncia en esta tierra bendita, con tantos cambios y desprendimientos; son los pasos que nos tocan, mientras nuestras vidas están en las manos del Señor.

Pues, como el Señor renueva la imagen de la tierra, también proyecta la imagen de su pueblo, luego de las destrucciones y las separaciones, y las muertes; todo está en medio del gran proyecto del Señor; ¿y quién soy para comprenderlo?

¿Quién soy para comprenderlo?

Sin embargo, el Señor lo pone en mi corazón; tan sólo debo confiar contra todas las desconfianzas.

Y cuando confío lo comprendo más aún.

¡Cuántas transformaciones experimenta el pueblo que nace del Señor, en medio de mi vida!

Y quiero confiar más aún; con esta confianza se alimenta el pueblo; así lo veo.

El Señor quiere que aún confíe por el pueblo, pues si no lo

hiciese, le faltaría al pueblo; pero Él me pide la confianza.

Mi hijo es la semilla en medio de mi vida entregada al Señor; el pueblo vivirá muchas transformaciones que hoy, empiezan como si fuesen desde una semilla; aún el pueblo seguirá su camino, porque el Señor quiere llevarlo lejos.

Y mi corazón es conducido por el Señor, aún alcanza lo que Él proyecta en su tiempo.

d. VER A LOS HIJOS DE SUS HIJOS

Desearía ver a mi hijo, con su esposa y sus hijos, si es que el Señor quiere que goce de esta gracia.

Entonces, se cumplen los sueños del padre; que sean también en medio del proyecto del Señor; pues Él marca el camino.

El hijo desciende donde viven los de mi familia, de mis padres y mis familiares; allí busca a su esposa.

Y luego vuelven a la tierra del Señor; que Él les bendiga, como me ha bendecido en toda mi vida.

Junto al pozo del agua, Isaac halla a Rebeca; y ella no le niega agua, ni a él ni a los animales.

Así, el Señor confirma que será su esposa, y los dos volverán juntos a la tierra del Señor.

En esta tierra, vendrán sus hijos y los hijos de sus hijos.

Crecerán con la bendición del Señor, y será por siempre.

El Señor no se vuelve atrás, cuando dice su palabra; es su Alianza por siempre, en medio de esta tierra.

He creído a mi Señor y aún más, en esta tierra.

Que mi hijo y los hijos de mis hijos le sigan creyendo; que Él bendiga sus vidas en su Proyecto, pues he creído a mi Señor.

4. UN NUEVO TIEMPO DEL ESPÍRITU

a. TU ESPÍRITU

Es que todo lo que el Señor proyecta es del Espíritu; y es la Vida que surge del Espíritu; si Él falta, la misma se desgasta hasta el fin.

El Espíritu es la Presencia más profunda del Señor en medio de nosotros; Él entra en toda la vida.

Es tan fuerte su Presencia que penetra a la realidad muerta, para que la vida resurja.

Tú, Padre, has enviado a tu Hijo desde los cielos.

Si Jesús viene ungido con el Espíritu, mi vida vibra con la fuerza del Señor; es lo que percibe mi corazón, a pesar de mi miseria y mi debilidad.

La Obra de Jesús en mi vida, está plena del Espíritu.

Si Jesús aún siembra la Semilla, es la del Espíritu de la Vida, pues lleva el Poder del Señor; entonces, ¿adónde me lleva en el camino de las transformaciones?; ¿y adónde podría llegar con el Señor?

Mi tierra es oscura; mi vida fría es como si conviviese con la oscuridad desde siempre; en la tierra entra Jesús, la Semilla de los cielos, tan plena del Espíritu; aún me cuesta creer que es tan grande.

Contemplo las vivencias que tocan mi corazón; pero el Señor me sorprende aún más con su gracia que me llega; entonces, ¿por qué vacilo?; es que me encierra mi mundo oscuro; pero aún tomo consciencia del mismo.

¿Por qué me cuesta creer?; es porque quisiera ver la obra del

Señor según mi gusto, y aún no creo que su Obra sea posible en mí; y como veo mi debilidad, no veo que mi vida cambie y que tú, Señor, puedas lograrlo.

Tú, Señor, sembraste tu Vida en mi tierra oscura. Antes, la habías preparado; y quieres que esa tierra acoja a tu Siembra, para que tu Vida crezca en el tiempo Tuyo.

Mi tierra oscura sigue recibiendo a tu Espíritu. Si mi tierra presiente tu Vida, aún recibe lo que necesita para que prenda la Semilla; y como el Señor sigue obrando, todo es tan grande, y yo apenas lo vivencio.

Contemplo a tu obra que se proyecta misteriosa, y aún toca a mi vida en todas las partes; es como si el Señor me invadiese con el Agua, el Aire y el Alimento, aún, para que prenda la Semilla.

Tu Espíritu es Luz, es Agua, Alimento. Anticipa a cada entrada de Jesús en mi vida. Si Él no estuviese, ¿cómo prendería Jesús en mi tierra? Es que el Espíritu llega aún, como si estuviese antes de que venga Jesús pleno del Espíritu.

Sigo contemplando la obra del Espíritu. Y Él, como si estuviese antes de que lo halle a Jesús. En la Vida de Jesús, Él se anticipa igual, y está siempre. Al contemplarlo en mí, es como si mi vida se renovase desde la Presencia que aún sigo descubriéndola.

Pues, si lo sigo vivenciando, su Obra se fortalece. Aún antes de escuchar la palabra de Jesús, el Espíritu está en mí; y por su Obra, Jesús viene.

Me queda pedir que tu Agua y tu Aire sigan renovándose por

siempre; entonces, ven Espíritu a mi vida.

b. COMO EL AGUA ABUNDANTE

Él llega a mi tierra, como Agua abundante.

Si es que abunda, la vida resurge más aún, aún más fuerte y más robusta, desde el Espíritu.

Él penetra la profundidad de la vida, hasta tan seca y dura, tan fría y desértica; si sigue abriendo el espacio, es para que la vida se afiance en el camino del crecimiento del Espíritu.

La vida destruida casi no presiente al Espíritu.

La tierra reseca casi no absorbe el Agua.

Es tan insensible; ya casi no siente el Agua ni la necesita.

Y si la necesita, ni siquiera lo sabe.

La vida se ha acostumbrado a cierto modo de vida, casi sin tener en cuenta, las expectativas de lo superior.

Entonces, ¿cómo se despierta?; y parece que no hay medios para hacerlo.

Pero aún le llega la hora de la verdadera sed, y coincide con los tiempos de sufrir; pero la sed vale más que todo el dolor.

Y pensar que no todos los que tienen sed, logran saciarse; sin embargo, en la Obra del Espíritu las cosas son diferentes.

Pienso en el Espíritu, y lo busco en mi tierra.

Mi tierra es tan pobre, pero tú eres la riqueza en el tiempo de sequías y oscuridades.

Abres mi vida hacia Jesús, a la Siembra del Padre.

Pues si Jesús viene, el Espíritu lo anticipa esperándolo.

¿Cómo entrarías en mi vida, antes de que te buscara?

Y Jesús me habla de la Sed del Agua, del Soplo del Espíritu, casi no esperados; es que sabe que te iba a llamar.

Tú lo sabías, yo era como un niño que no comprendía.
Al ser niño, tampoco tuve confianza; es que el niño confía en sus padres, y yo no confiaba en ti, Señor; yo no te pedía ni te buscaba, y tú habías estado.

Si no estuvieses ni mi vida hubiese llegado hasta aquí, no sé qué pasaría conmigo; supongo que no hubiese existido.
¿Y por qué insisto tanto, si mi vida es un misterio?

Así, me ibas preparando y yo recibía de ti, sin saberlo; hasta que logré ver lo que hacías, y lo haces desde siempre.
Si pido a que llegues y las compuertas se abran, es como si tu Agua que fue acumulándose, estuviese esperando la hora.

Mientras mis tierras secas gimen, y apenas reciben para vivir y no morir, sigues trayendo Agua.
Cuando llegue tu Tiempo, despertarás la Vida en mí.

Viene el tiempo de lluvias; el Agua llega por todas partes como arrasando; es la hora de la Vida que nace de la muerte en medio de tanto empeño del Espíritu.

c. HAS MARCADO UNA VIDA

Has marcado el sendero, Señor; es el de la Vida, mientras sigues derrumbando mi realidad.
Te llevará mucho tiempo, hasta que se afiance tu Obra, y le des la fuerza que necesite.
Mi vida va asumiendo lo tuyo con tanta lentitud.

Mientras tanto, estás en medio de las vivencias, en mi ser, y siembras tu Semilla entre tanta vida mía.
Aun sigues haciéndolo; no obstante, hay que esperar hasta que crezca lo tuyo.

Aún vuelves a sembrar en medio de tanto dolor, de las penas y confusiones; ¿y qué es lo que puedo esperar en mi vida?

Me llevas en tu Camino, y casi no sé lo que espero de ti; si es que presiento tu Presencia, es como si estuvieses en el dolor, en medio de las penas y desgracias; estás de modo que ya no me abandonas a pesar de mis pensamientos contrarios, aún de mi deseo de que te vayas; y cuando mi vida está en otras cosas, tú silenciosamente sigues sembrando en medio de mi oscuridad.

¿Cómo podría soñar en el crecimiento de la Vida en medio de la oscuridad?; sin embargo, las Semillas siguen cayendo; y si hallan el espacio, ¿qué pasaría?, es el pensamiento que me viene.

¿Cómo vas a transformar mi realidad?; ¿sería el camino de derrumbar, de destruir lo viejo y triste?; si es que mi realidad me hace sufrir, la destrucción sería aún más triste, en medio del dolor; y quizás sería necesaria, en medio del dolor más grande aún.

¿Por qué me haces ver esa realidad, ver lo mío que es muy fuerte, y lo tuyo Señor, que apenas se sostiene?
Pero tu Vida se va a proyectar cada vez más, aún en medio de los enfrentamientos; por eso, me lo haces ver, sufrir, llorar y aún rebelarme.

Todo tiene su propio sentido, y así debe pasar.
Hubiese podido ocurrir que Jesús destruyese todo de un día para otro, dejando la tierra sin vida, despojada, para sembrar sus Semillas y llenar la tierra con su Vida; no obstante, no fue el camino para sembrar en mí.

Oh, Señor; ¿en qué lugar estoy?; y apenas te escucho.

Me dices que te abra la puerta de mi casa; pero mi casa está sucia, desordenada; sin embargo, quieres entrar igual, no te desesperan mis vivencias; es que quieres estar conmigo, en mi corazón.

Me parece que tu Presencia se defiende; es como si estuviese perdida en algún rincón de mi vida; y Tú estás sereno, como si dijese que estás bien; y que todo está bien como está; no comprendo nada, Señor.

Miras mi vida; me das esperanza, como si naciese de la nada; no hay motivos para ella, y nace sola; aún la esperanza me sostiene, mientras sufro y lloro, lucho y me desespero. Me da la fuerza para mirar con serenidad, lo de antes. Me enseñas a ser misericordioso conmigo.

¿Cuánto tiempo sería, cuando la lucha se afianza?
Es la que entra cada vez más, en mi corazón; pues, no es lo de afuera, lo que sería más fuerte, sino las vivencias que se proyectan en mí; y yo, como si estuviese presionado de los dos lados, aún sigo luchando.
Vivo esta guerra, no tengo paz; sin embargo, al ver a Jesús, me nutro de la serenidad que tanto necesito.

De todos modos, parece que la Vida comienza a resurgir; es como si la Presencia de Jesús pareciese más segura.
Comienzo a aceptarme por tantas cosas, y asumo esa lucha tan necesaria; aún presiento que Jesús la sigue llevando, veo el sentido de las guerras.
Parece que hay un porqué de lo que me pasa; pero lo sabe Él, yo no lo sé; y tengo un poco de paz.

¿Sólo destruirás lo viejo, todo el pasado que me ata, o sabrás aprovecharlo en tu nueva Vida?
¡Eres tan grande, Señor!

¿Algún día, podré ver tu obra?

El Señor me lo hará ver luego de tantas luchas, a pesar de tanta debilidad mía, de la confusión, del dolor y de la pena; Él me hará ver su Obra, y mi vida estará aferrada a Él, casi a ciegas, aún sin saber por qué; entonces, podré ver cómo el Señor incluye lo mío en la nueva realidad que Él construye; aún entenderé el sentido de mis debilidades, y daré gracias al Señor tan grande en mi vida.

d. JESÚS EN NUESTRO TIEMPO

Si Jesús hoy viniese a la tierra, ¿a quién se dirigiría, y por dónde caminaría?; no creo que todos lo hubiesen aceptado. Y Él tan respetuoso, iría a los que le esperasen y buscasen; si iría a todos, más aún iría a aquellos que lo necesitasen más.

Y si preguntases quién necesita a Jesús, encontrarías tantas respuestas; es que no todos lo necesitan de veras. Algunos dicen que lo necesitan, sólo dicen; entonces, ¿cómo hablar con ellos, y qué decir, al respetar su tiempo?

Aún busco a Jesús, mientras no sé resolver mi realidad. Como estoy como herido y sangro, sin poder hacer un paso, le dejo todo en sus manos, a toda mi vida caída, y espero su salvación; casi sin pensar, trato de confiar en Él; es que no me queda otra posibilidad, sino sólo ésta.

Jesús se inclina sobre mi vida; y Él, como el samaritano o el pastor de la oveja perdida, o aquel padre del hijo perdido; se inclina con amor y respeto, aún sin reprocharme, pues, ¿qué otra cosa buena se podría hacer en la hora de las desgracias? No me dice que es justo lo que me toca; y me mira de tal modo, como si todo lo que hice en mi vida, ya no tuviese importancia; ahora, se inclina con amor y comprensión.

El pasado es como si le sirviese más aún, para el encuentro; es que, en otras circunstancias, no hubiese podido entrar en mi vida, así lo pienso; quizás, no lo hubiese necesitado, y si le abriese la puerta, sería por las conveniencias o como una formalidad; y no es por lo que ha venido Jesús.

La realidad me sirvió para ver que Jesús estaba a la puerta; es que siempre me esperaba; hoy, mi pobreza y el dolor me hacen verlo inclinado sobre mi vida.

¡Qué encuentro!; a pesar del dolor, quizás, es el día de gozo para los dos, porque de este modo nos encontramos.

De aquí, comienza todo; Él no me condena, lo siento en sus ojos; no me reprocha; mientras me reprocho, me hace callar; aún, mira mi vida con tanto amor y con respeto.

¿Qué es lo que pasa?; pues, un profundo silencio llega a mi corazón; Jesús casi no habla; mira mis heridas, las que veo, las de mi corazón, aún sufre; es que está en mi sufrimiento.

Me hace ver que me comprende, con mis errores y dudas, con mis culpas y fracasos; comprende a mi realidad.

Ve lo que he pensado en mí, y lo que he vivido cuando mi vida iba decayendo, enterrándose; parece que comprende mis pasos y por qué llego aquí; pues mi vida, así como fue, no podía llegar a otras cosas; y lo que iba viviendo, me llevaba a las crisis; pero de este modo, he encontrado a Jesús; y me lo hace ver como una gran gracia.

¿Cómo me hará salir de mi desgracia, de mi vida fracasada? No me dice nada, sino que confíe en Él, nada más; aún siento su amor, su paz, su comprensión y su dolor por mí.

¿Y qué pasará con mi vida?; no lo sé, pero aún sé que me lleva por un camino distinto a lo que pienso, o lo que me parece; pues Él tiene su Proyecto para mí.

No todas las cosas se pueden arreglar como yo quisiese; son las que han quebrado mi vida; son las que me hacen sufrir y seguir fracasando; y Él lo sabe; me mira con serenidad, con comprensión, con esperanza; ¿y cómo llevará mi vida frente a estas vivencias?; y aún está tan sereno.

Su modo no es sólo destruir; ya Juan había dicho que Jesús no destruía una caña quebrada.

¿Cómo incluye mi pobre vida, en la nueva construcción?; si no lo comprendo, me queda confiar más aún.

Mientras tanto, me permite ver otra realidad, que es grande.

Veo a Jesús jugándose por las vidas más perdidas, sacadas de los abismos; las lleva a la felicidad, a su realización; cuando las mismas enfrentan juicios, condenas, desprecios, censuras, Él se juega por las vidas.

Estoy en ese camino de un encontrado por Él; y mientras veo lo que Él hace, le confío mi vida, la dejo en sus manos; aún con mis fracasos, mis culpas y mis miedos, a toda mi vida le dejo, y que haga lo que quiera.

e. Y FUE LLEVANDO MI VIDA

Jesús fue llevando mi vida; en fin, me dejé llevar por Él. Si es que viví lleno de enfrentamientos, me entregaba cada vez más, y Él supo cómo llevarme; es que yo apenas podía ver lo que Jesús hacía de mi realidad tan pobre.

Me llevó por el camino del perdón; fue una gran gracia. Siguió llevando su Vida a mi corazón, para que la tuviera en el tiempo del dolor y de mis penas.

El Proyecto le llevó mucho tiempo; su Palabra del perdón fue tan fuerte; sin embargo, necesitaba esperar para que mi vida la asumiese; la iba asumiendo a gotas sueltas; parecía como

si mi vida no pudiese levantarse.

Cuando la gracia del perdón iba llegando muy hondamente, la vida comenzaba a respirar, después del dolor, de las penas; fue la gracia del Espíritu.

Me llevó por el camino de la paz; y me enseñó a aceptarme como soy, con mis debilidades, mis fracasos, mis dudas; Él era el sostén en aquel tiempo de verme tan frágil.

El tiempo pasaba y mi vida no cambiaba; sin embargo, me llegó la hora de la luz, de repente, fue como si mi vida se abriese; fue una vivencia tan importante para mí.

Hoy veo que, en aquella hora de mi oscuridad, Jesús obraba con respeto, con paciencia; pero yo necesitaba de la luz, para poder verlo; hasta que empecé a verlo aún en medio de mi debilidad y las confusiones, en medio de mis penas y culpas, pues iba resurgiendo una nueva Vida; pero, ¿quién podría comprender ese modo de obrar?; tan sólo Él, y los que lo han experimentado la Gracia.

Él me ha llevado por el Camino; y me ha enseñado a vivir en esas circunstancias; si mi vida ha sido pobre, es que no supe respirar la gracia del Señor; pero la vida se iba levantando, mientras el Señor transmitía su Vida; fui como un muerto que iba resucitando; y es lo que Él hizo en mí.

En la medida en que me levantaba, empecé a comprender mi tiempo de las desgracias; y es cierto que mi vida fue pobre; pero, ¿qué otra cosa hubiese podido esperar?

Entonces, comencé a mirar mi vida, en medio de la Gracia; aún la miraba con compasión; Él me enseñaba a aceptarme, a perdonarme a mí mismo; es que se me abría el camino para resurgir y Jesús estaba en todo, acompañaba mis pasos desde la muerte hacia la vida.

No fueron pasos fáciles ni claros del todo; quizás, por eso, fueron aún más grandes; mi vida iba cambiando, como si el

día naciese en medio de las tinieblas; es que, en medio de la debilidad y la gracia del Señor, iba naciendo lo nuevo, muy lentamente.

Su obra comenzó por la parte más triste; Él tocó mi vida con ternura, adentrándose cada vez más; abría los espacios para llegar a mi corazón; si es que desde el principio estuve lleno de enfrentamientos, los más difíciles no habían surgido al comienzo; luego nacen otros más, pero la guerra más fuerte estaba por detrás de otras, siguiendo hacia el interior; y Jesús lo veía, pero todo llegaba para la hora justa.

El camino del amor es como arriesgar todo; no fue fácil. La vida se rige por los conflictos que tienen que ver con la falta de amor, y con el amor distorsionado; en la medida en que el corazón se abre para el amor que nos viene de Jesús, resurgen los conflictos, miedos y culpas, aún la ansiedad; en fin, ese camino precisa de mucha confianza, si no queremos abandonarlo antes de llegar; no todos se atreven a hacerlo, y algunos se asustan; sin embargo, si no lo hacen, no alcanzan la profundidad de la obra de Jesús, porque todo nace y crece en el clima del amor.

Cuando el amor es muy claro, aún nos espera un largo paso, hasta que se aquiete y se halle la vida.

El amor debe superar muchas vivencias, debe tocar a la vida en todas sus partes; es como el Agua que nos llega, como el Alimento que nos nutre, mientras que la vida se levanta en el clima del Amor; comenzamos a sentir el amor del Señor en los corazones, y la vida empieza a encontrarse.

La certeza del amor es importante en el camino con Jesús; en realidad, Él nos da la transparencia del amor del Padre; al caminar con Él, empezamos a sentirnos amados.

f. DESPUÉS, HAY UN ANUNCIO

Antes de entregar su Vida, Jesús aún habla del sufrimiento; es como un nuevo anuncio en su Camino; también, habla de la madre que sufre, pues cuando nace el hijo, el sufrimiento entra en el gozo por la vida que viene.
¿Cómo lo entendemos en la vida de los discípulos de Jesús?; es que se abre un nuevo sendero, después de tanto caminar.

Es el inicio de las nuevas vivencias para sus discípulos.
Pero, ¿quién lo comprende?; tan sólo aquellos que confían y asumen el camino; aún pasan por el desprendimiento que es doloroso; ¿y por qué en esta hora?

Jesús se retira, la vida lo lleva en el Camino; y los discípulos lo experimentan como el abandono y el transplante; sería un nuevo modo de crecer, en el sendero que viene de Jesús.
Parece que así debe pasar la vida, y así será en las vidas de sus discípulos.

Aquellos que siguen a Jesús, deben sentir ese abandono, esa distancia de Jesús, para que la Vida se afiance.
Parece que Él está lejos, pero su ausencia es tan sólo nuestro parecer, pues Él está en nuestro interior.
Pero ¿quién lo comprende, mientras vive la distancia?

¿Quién entiende que, al retirarse, se afianza la vivencia?
Jesús se va y les deja su Presencia a sus discípulos; hasta les permite que asuman su Vida, al compartir la Mesa.
Ahora, exteriormente queda el dolor y el abandono, para que su Vida prenda en ese nuevo espacio.
Entonces, ¡cuántos cambios en la vida de sus discípulos!
Y parece que ellos comienzan a verlo y a comprenderlo.

Luego se reencuentran con Jesús; y es aún, para que lo vayan

asumiendo cada vez más en su corazón.

Entonces hay claridad, hay vida; y Jesús se hace grande para ellos, en medio de sus corazones.

¿Quién podría expresar esa clase de vivencias?

No obstante, ellos las necesitan para comenzar a hablar en el Nombre de Jesús resucitado.

Sus vidas se van preparando para la Misión; se van abriendo con lo que son, con Jesús en sus vidas.

Ahora sí, pueden esperar al Espíritu a que venga; y cuando Él venga, anunciarán a Jesús con su poder de siempre.

Que el Señor bendiga sus pasos.

PREFACIO	3
1. UNA NUEVA TIERRA	5
a. un día con el sol	5
b. el Señor me dice	7
c. me detengo aquí	8
d. un comienzo	9
2. UNA NUEVA VIDA	13
a. el valle y el cielo	13
b. la conquista	15
3. UN NUEVO PUEBLO	17
a. la Alianza	17
b. el fuego y el azufre	17
c. nació el hijo de la Alianza	18
d. ver a los hijos de sus hijos	20
4. UN NUEVO TIEMPO DEL ESPÍRITU	21
a. tu Espíritu	21
b. como el Agua abundante	23
c. has marcado una Vida	24
d. Jesús en nuestro tiempo	27
e. y fue llevando mi vida	29
f. después, hay un anuncio	32